

CARTA CCXXXIII.

LONDRES, 21 de Enero de 1751.

Mi querido amigo.

En todas las cartas que recibo de Paris, tengo el placer de encontrar entre mil otras cosas buenas, unos elogios muy expresivos de tu docilidad, medio seguro para alcanzar lo único que te falta; quiero decir, aquellas pequeñeces en verdad, pero muy necesarias. Como son cosas de costumbre y de moda, no es vergonzoso que las ignore un jóven de tu edad, y el medio de aprenderlas mas pronto es confesar ingenuamente que las ignoras, y consultar con los que las saben á fuerza de práctica y esperiencia. El buen sentido y la buena indole sugieren naturalmente el uso de la cortesía; mas en el aire y maneras de la gente fina, hay mil delicadezas pequeñas que solo reposan sobre la costumbre, y son las que distinguen al cortesano y al hombre de calidad del vulgo. Diferentes personas me aseguran que has hecho muchos progresos; y uno de mis correspondientes te hace un cumplimiento verdaderamente frances: *J'ose vous promettre qu'il sera bientôt comme un de nous autres*. Aunque este discurso parezca extraño en boca de un Frances, me alegro que ellos mismos te lo apliquen; porque no solo querria que siguieses las huellas de los sugetos mas distinguidos, sino que rivalizases con ellos y adoptases los mejores usos y costumbres de cualquiera pais en que pudieres hallarte; porque en esto consiste aquella versatilidad de maneras tan útil en el curso de la vida. Elige bien tus modelos en Paris, y trata de competir con ellos; allí hay palabras, frases y aun ademanes á la moda, que se llaman de *buen tono*, sin contar ciertas ligeras señales de comedimiento que no son nada en sí mismas, y que la moda ha hecho necesarias. Practica todas estas cosas hasta el punto de obligar á los Franceses á que digan; *on le prendrait pour un Français*; y cuando fueres despues á otras córtes, manéjate del mismo modo, conformándote con los mejores usos y maneras del lugar (a), lo cual

(a) Alguno dijo:

Dum fueris Romæ romano vivito more;
Dum fueris alibi vivito sicut ibi.

Tr.

no hacen los Franceses; porque vayan por donde fueren llevan consigo sus modales, persuadidos de que son los mejores; mas aun concediendo que asi sea, hacen mal de no conformarse con lo del pais en que se hallan. El deseo de agradar se siente en todas partes, y no hay lisonja mas inocente que la de aprobar los gustos de las gentes y conformarse con ellos.

Espero que tus ejercicios con Marcel marchan á medida del deseo; no desdeñes estas ridiculas aunque importantes lecciones; pide á tu profesor que atienda muy particularmente el capitulo de la esgrima; este ejercicio, mas que ningun otro, hace al hombre ligero y desembarazado. La tesura del puño haria parecer mal á cualquiera hombre. Otra cosa á que debe atenderse es á tu entrada en un salon y á la manera de presentarte en una concurrencia; las primeras impresiones dependen de esto, y son por lo regular las mas durables. Te encargo pues, que digas al profesor Marcel, que te haga entrar y salir repetidas veces como si hubiese en la sala de baile diferentes personas, ministros, mugeres et. (a). Los que se presentan bien tienen cierto aire de dignidad, sin apariencias de orgullo, que gana los corazones é inspira respeto.

No repetiria yo tan amenudo ni entraria en tan largos detalles de estas pequeñeces, con hombre menos provisto que tú de conocimientos sólidos y útiles. Las gentes frivolas atienden á estas materias de preferencia, porque ignoran todo lo demas. Mi temor respecto de tí es, que sabiendo cosas mejores veas estas con mucho desprecio,

(a) La insistencia con que el autor recomienda el baile á su hijo, ha sido condenada por los censores de estas cartas; pero se han desentendido del principal fundamento de aquellas recomendaciones. Doña Josefá Amar y Borbon, cuya autoridad en materia de educacion y de moral no es nada sospechosa dice: « El baile ha llegado á ser una parte tan precisa de buena crianza, que son pocos » los que no procuran aprenderlo. No se puede negar que tiene su especial » mérito en cuanto sirve para agilitar el cuerpo y dar mas gracia á sus movimientos. Por esto lo recomienda Quintiliano: *ut recta sint brachia, ne » indoctæ rusticeque manus, ne stultus indecorus, ne qua in preferendis » pedibus inscissita, ne caput oculique ab alta corporis inclinatione desideant;* » es decir, para que el manejo de brazos sea airoso, no rústico ni grosero; » para que en todas las posturas se guarde el decoro y dignidad correspondiente, » que no se pise torcido y que la actitud de la cabeza acompañe á los movimientos del cuerpo. » Tr.

y las consideres mucho menos importantes de lo que son en realidad, principalmente para ti.

En el trato con las mugeres, y aun con los hombres, las maneras suaves son sumamente atractivas; esto es lo que constituye aquel caracter amable de que los Franceses hablan tanto y estiman muy justamente. Más fácil es sentir que describir esta suavidad: es un compuesto de diversos ingredientes, complacencia, modales flexibles sin servilismo, dulzura en la fisonomía, en las gesticulaciones y en la espresion, sea que pienses ó no del mismo modo que la persona con quien conversares. Observa con cuidado á los que se hallaren dotados de todas estas cosas que te encantan, y encantan á los demas, y tu propio buen sentido te hará descubrir muy pronto los ingredientes de que se componen. Debes atender particularmente á esta suavidad siempre que te vieres obligado á rehusar lo que se te pide, ó á decir cosas que no pueden ser gratas á las personas con quienes hablas. En estos casos es cuando se necesita *dorar la píldora*. La amabilidad consiste en mil pequeñeces reunidas; es el *suaviter in modo* que tantas veces te he recomendado. El *respetable* M. Harte me asegura que no te falta este don, y así lo creo. Estudia pues y adquiere con perfeccion estas maneras amables y poseerás cuanto necesitas.

El abate Guaseo es tambien uno de tus panegiristas. Me escribe que te llevó á comer á casa del marques de Saint-Germain, en donde serás muy bien recibidosiempre que gustares, mientras mas á menudo mejor. Aprovecha de todo esto bajo el principio de viajar por diferentes países sin cambiar de lugar. Dice que te llevará al parlamento cuando se juzgare alguna causa interesante. Muy bueno me parece esto: visita todas las cámaras viendo y oyendo lo que pasa en ellas; une la práctica y la observacion á los conocimientos teóricos que ya posees de sus derechos y privilegios. Ningun Ingles tiene la menor idea de ellos.

No es necesario recomendarte que profundices la constitucion politica de los Estados de Europa, porque M. Harte dice que tu alma tiene particularmente á esta clase de instruccion, y que posees muchos conocimientos sobre la materia.

Ahora necesito hacerte algunas preguntas como á un *juris publici peritus*, seguro de que podrás contestarlas, lo cual confieso es mas de lo que yo podria hacer: se trata de un asunto muy discutido en este momento.

1º ¿ Hay algunas formas particulares prescriptas para la elec-

cion de un rey de los Romanos, diferentes de las requeridas para la eleccion de un emperador?

2º ¿ Un rey de los Romanos no es electo tan legitimamente por los sufragios de la mayoría de los electores como por los dos tercios ó la unanimidad de ellos?

3º ¿ Existe alguna ley ó constitucion particular del imperio que distinga, en la substancia ó en la forma, la eleccion de un rey de los Romanos de la de un emperador? La bula de oro de Carlos IV no sirve igualmente para uno y otro caso?

4º ¿ No se establecieron y sancionaron en una asamblea de electores (he olvidado en qué tiempo) ciertos limites respecto á la eleccion del rey de los Romanos? Fueron legales estas restricciones y llegaron á tener fuerza de ley?

Cuan feliz soy, mi amado hijo, de poder dirigirme á ti para que me instruyas con la certidumbre que seré bien informado! El saber, mas que el ingenio vivo y superficial, es lo que constituye al hombre politico. Todo el que domina su asunto, aun cuando sus talentos sean medianos, será considerado en el parlamento y en cualquiera otra parte, mas que aquel que, con facultades superiores, no conoce la materia que trata sino superficialmente; y si á esta solidez agrega la elocucion, se verá muy pronto á la cabeza de la asamblea; pero si no es orador, no hay conocimientos que basten.

Lord Huntingdon me escribe que te ha visto y que has renovado tu amistad con él. Dime francamente lo que piensas de este sugeto y de su amigo Lord Stormont; como tambien de los otros Ingleses de distincion que encontrares. Te prometo un secreto inviolable. Es menester que nos escribamos ahora como amigos, sin la menor reserva; mis cartas contendrán en lo sucesivo mil cosas que excepto tú sentiria yo mucho fuesen sabidas ó conocidas de alma viviente. Con facilidad distinguirás los pasajes que no debes enseñar ni repetir, y yo haré lo mismo respecto de los tuyos.

Pasando á otro asunto, porque siento placer al conversar contigo, qué progresos has hecho en la lengua italiana? entiendes el Ariosto, Tasso, Bocacio y Maquiavelo? Si así es, sabes lo bastante y puedes aprender el resto leyendo en tus horas desocupadas. Pocos ó ningunos negocios se discuten en italiano, á no ser en Italia; y si entiendes bien esta lengua para leer las cartas que puedan dirigirse, ó para hablarla regularmente con los pocos Italianos que no saben el frances, no te tomes mucho trabajo por este lado, hasta que ten-

gas mas tiempo para ello. No sucede asi respecto del aleman , porque el hablarlo y escribirlo bien te distinguirá en Inglaterra sobre todo el mundo , y es ademas de suma utilidad para cualquiera empleado en el Imperio como probablemente lo seras tú. Por lo tanto , te encargo que cultives asiduamente este idioma escribiendo todos los días cuatro ó cinco renglones , y hablándolo con todos los individuos de esta nacion que pudieses encontrar.

Ya tienes entrada en varias de las mejores casas de Paris , y te aconsejo que las frecuentes con confianza , para lo cual solo se requiere cierto trato y familiaridad decentes. No quiero decir por esto que te introduzcas *sin ser consecuente* , sino que hagas hasta cierto punto los cumplimientos de la casa y de la mesa , llamándote á ti mismo , en tono de chanza , *el galopin de aqui* , y diciendo al dueño ó dueña de la casa : *esto me toca á mi ; yo me encargo de ello y deben Vds. confesar que lo desempeño á las mil maravillas*. Esta especie de broma tiene cierta afabilidad atractiva que engendra aquella familiaridad decente , tan agradable como útil en las casas de personas distinguidas. Las visitas de pura etiqueta , las comidas , las cenas y los convites ceremoniosos , no es lo que necesitas , porque nada agregan á tu instruccion , ni multiplican tus conexiones ; á la vez que entrar y salir sin embarazo y á toda hora de una casa , alimenta el agradable y útil comercio de la vida.

Tengo que enviarte un paquete de libros en primera oportunidad , que creo se presentará cuando M. Yorke regrese á Paris. Las obras griegas te las envia M. Harte y las inglesas tu muy humilde servidor.

Lee las obras de Lord Bolingbroke con el mayor cuidado , tanto por lo que respecta al estilo como al asunto. Desearia que pudieses formarte en todos los idiomas un estilo semejante. A Dios.

CARTA CCXXXIV.

LONDRES , 28 de Enero de 1751.

Mi querido amigo.

El otro día me presentaron una libranza de noventa libras esterlinas que se decia habias girado contra mi. Al principio resisti pagarla , no en razon de la suma , sino porque no me habias mandado carta de aviso como es costumbre en estas transacciones , y lo que es mas , porque no apercibia yo que la habieses firmado. El sugeto que me la presentó me suplicó que volviese á mirarla , asegurándome que al pié descubriria tu nombre. La examiné de nuevo , y con ayuda de mi lente de aumento , apercibi que lo que habia yo tomado por caracteres de otro , era efectivamente tu nombre , escrito con las letras mas pequeñas é imperfectas que en mi vida he visto. En vano ensayaria yo escribir tan mal ; era una especie de garrrapato parecido á este..... (a). Sin embargo , pagué á todo riesgo , aunque mas bien habria querido perder el dinero que reconocer por tuya tal firma. Los caballeros y los hombres de negocios escriben su nombre invariablemente , bajo el mismo modelo , á fin de hacer su firma tan notoria que no sea muy fácil falsificarla , y firman con caracteres mayores que el resto ; tú al contrario , firmas con letras muy pequeñas , pobres que las de tu escritura ordinaria. Esto me ha hecho pensar en los mil accidentes á que te espones escribiendo mal. Por ejemplo : si escribieses de esta manera á un Secretario de Estado , inmediatamente enviaria tu carta á un descifrador , sospechando que hubiese en ella secretos importantes que la prudencia aconsejó no fiar á los caracteres comunes. Si escribieses así á un anticuario , que supiese que eres hombre erudito , trataria de descifrar tu carta por medio de un alfabeto rúnico , céltico ó esclavon , sin sospechar jamás que fuese escritura moderna. Y si enviases un *poulet* (b) con estos caracteres á una bella dama ,

(a) El autor imita en el original la firma de su hijo.

(b) *Poulet* significa pollo en frances , y se da igual nombre á los billetes amatorios por la razon que asienta el autor.

creeria realmente que viene del *pollero*, de donde tiene su origen el nombre de pollos que se dá á esta clase de escritos, porque Enrique IV, rey de Francia, acostumbraaba enviar esquelas amorosas á sus queridas con el pollero, bajo pretexto de enviarles pollos. Te he dicho á menudo que todo el que no es manco ni ciego, puede escribir con la forma de letra que guste. Una prueba de que esto depende de ti es, que escribes muy bien el griego y el alemán sin que ningún maestro te lo haya enseñado; á la vez que tu escritura ordinaria que aprendiste de un profesor, es pésima é intolerable, tanto para los negocios públicos como para el uso comun. No exijo que seas un perfecto pendolista, pero si que escribas como debe hacerlo un hombre de negocios, clara y velozmente, y esto solo depende de la práctica. Te aconsejo pues, que busques en París un buen maestro de escribir, y que te apliques por un mes únicamente, porque te aseguro que el escribir bien es mas importante de lo que piensas. Tal vez diras que cuando escribes mal es porque estás de prisa, mas yo te preguntaré, por qué estás siempre de prisa? Un hombre de juicio puede estar urgido, pero jamás hace las cosas precipitadamente, porque sabe que nada puede hacerse bien con precipitacion (a). Puede tener premura en el despacho de un negocio, pero cuidará de que esto no le impida desempeñarlo bien. Los espíritus pequeños pierden el tino cuando el objeto, como sucede comunmente, es superior á sus fuerzas: corren, se aturden, se espantan, quieren hacer todo á la vez, y nunca hacen nada debidamente. Un hombre de talento toma el tiempo necesario para hacer lo que trae entre manos, y la urgencia en que se halla solo aparece por su incesante aplicacion, prosigue su objeto con calma y firmeza y lo termina antes de comenzar otro. Convento en que tu tiempo está bien repartido, y que tienes muchas cosas de que ocuparte; pero recuerda que mas vale hacer la mitad y dejar por hacer el resto, que ejecutar todo muy mal. Además, los pocos minutos que ahorras escribiendo precipitadamente, no rescatarán el ridiculo de garabatear como la mas triste maruja. Si á mi me ocurren tantas cosas para ridiculizar tu mala letra, figúrate cual no seria el caso con los otros que no tienen por ti la parcialidad paternal. Hubo un papa, creo el papa Chigi, justamente ridiculizado por su atencion á las cosas pequeñas y su incapacidad en las grandes,

(a) *Apresúrate lentamente*, dice un proverbio francés.

y de aqui provino que se le llamase *maximus in minimis, et minimus in maximis*. Por qué? únicamente porque dedicaba toda su atencion á bagatelas cuando tenia grandes cosas que desempeñar. En este periodo de tu vida, y en la ciudad que habitas, solo tienes que aprender cosas de poca importancia, pero debes acostumbrarte á ellas, á fin de que no reclamen los esfuerzos de tu atencion cuando tengas, como lo espero, grandes negocios en la cabeza. Habitúate á formar bien las letras para que el dia que te fuere necesario escribir á reyes y ministros, solo tengas que ocuparte del asunto.

Como pienso eternamente en todo lo que te concierne, me ha ocurrido una cosa de que creo deber hablarte, á fin de evitar los embarazos que podria sembrar en tu camino, y es, que como diariamente formas nuevas relaciones en París, es imposible que visites tus antiguos conocimientos con la misma frecuencia que cuando no tenias otros. Por ejemplo: supongo que á los principios siempre te hallabas con madamas de Montconseil, Hervey y Boage, y ahora que te ves introducido en otras casas, no puedes visitarlas tan seguido como antes; pero ten cuidado de no darles el menor motivo para que piensen que las abandonas por otros conocimientos de mayor viso y representacion, porque esto seria una imprudencia y una ingratitud que jamás te perdonarian. Visítalas con la misma frecuencia sin permanecer con ellas tanto tiempo como antes. Diles que sientes mucho dejarlas tan pronto, pero que tienes tales y cuales compromisos que la urbanidad no te permite desatender, é insinúa que mas bien querrias estar con ellas. En una palabra, trata de procurarte tantos amigos y tan pocos enemigos como fuere posible. No quiero dar á entender amigos íntimos ni confidentes: son tan raros que nadie puede contar arriba de media docena en toda su vida; me refiero á los amigos en el sentido comun, es decir, personas que hablen bien de tí; que se inclinan á servirte mas que á perjudicarte, mientras que esto vá de acuerdo con su interes y no mas. Sobre todo, te recomiendo una y mil veces las *gracias*, con las cuales harás en cierto modo cuanto te parezca y serás siempre bien visto; sin ellas, tus mas preciosas cualidades perderán la mitad de su valor. A Dios, mi amado hijo.

CARTA CCXXXV.

LONDRES, 4 de Febrero de 1751.

Mi querido amigo.

Las noticias que de ti recibo de Paris son cada día mas satisfactorias. Lord Albermarle ha escrito una especie de panegirico tuyo que muchas personas han visto aqui, y que será un prelude muy ventajoso de tu reputacion. En todo lugar, y para todo el mundo, es un punto importante elevarse sobre la esfera del comun de las gentes; pero sería de infinita mas consecuencia para tí si logras establecer tu crédito en Inglaterra antes de regresar. Adelantarás la mitad del camino, porque estoy seguro de que no darás motivo para destruir tan favorables presentimientos. Tambien estoy persuadido de que los elogios no te inspirarán presuncion, y que por otra parte no te sentirás mortificado de que se piense que te faltan aun algunas prendas pequeñas; sino que al contrario, será un estímulo para que las adquieras. Voy á hacer un extracto fiel de la carta que he recibido últimamente de un amigo juicioso é imparcial.

• Me atrevo á asegurar á Vd. que M. Stanhope será hombre de
 » mérito. Tiene un caudal de instruccion y una rara memoria, y
 » no ostenta uno ni otro. Desea agrandar y es seguro que lo conse-
 » guirá; su fisonomía es espresiva, su cuerpo bien formado aunque
 » de mediano tamaño; sus modales no son rudos ni torpes bien que
 » aun no ha adquirido todas las gracias requeridas, pero Marcel y
 » el trato de gentes se las procurarán muy pronto. Finalmente,
 » solo le falta lo que no debe echarse menos en su edad, quiero
 » decir, el hábito y cierta delicadeza de maneras que únicamente se
 » adquieren con el tiempo y la buena compañía. Con su talento
 » pronto las aprenderá, visto que solo frecuenta las sociedades que
 » mejor pueden procurárselas. •

Por este extracto, que te garantizo fiel, tenemos tú y yo la satisfaccion de ver que posees mucho y que te falta poco. Lo que ya sabes debe darte, si es posible, mas modestia exterior, pero al

mismo tiempo mas firmeza y mas seguridad de alma; y lo que te falta, que es, como ves, tan fácil de conseguir, debe estimular tu atencion y multiplicar tus esfuerzos. Solo á esto tienes que dedicarte y es tarea agradable, puesto que tu estudio es en medio de la sociedad y de los placeres. Las tertulias, los saraos, las cenas, los teatros son por ahora las únicas escuelas y universidades en que debes estudiar, con el fin de adoptar y familiarizarte con los usos, las costumbres y las mil delicadas pequeñeces del mundo elegante.

Te envié con el correo Pollock, criado mio antiguo, dos paquetes de libros, y te mandaré otros con M. Yorke; pero te advierto que como no te queda mucho tiempo para leer, debes elegir las materias mas necesarias, como lo son incontestablemente la historia moderna, la geografía, la cronología y los intereses políticos de los principes; la actual constitucion, máximas, fuerza, riqueza, tráfico, comercio, caracteres, partidos é intrigas de las córtes de Europa. Muchos que pasan por aprovechados en los colegios y que conocen bastante bien los gobiernos de Atenas y de Roma, no tienen la menor idea de los Estados actuales de Europa, y ni aun de su propio país. Lee de griego y latin lo puramente necesario para la inteligencia de los autores clásicos, que te servirán de ornato en la juventud y de recurso y consuelo en la vejez; mas los conocimientos verdaderamente útiles para tí, son los que acabo de mencionar, por lo muy honrosos que te serán en el manejo de los negocios interiores y exteriores; por lo tanto, á ellos debes dirigir principalmente la atencion, y se me dice, con placer mio, que tu propio gusto te lleva por este camino. No hablaria yo tan libremente de lo que vales, si no estuviese seguro de que los encomios no han de producir en tí los malos efectos que en la gente necia. Pienso que eres superior á la vana fatuidad que aumenta el propio mérito para ofuscar el de los otros. Estoy convencido de que la conciencia del propio valor infunde al hombre sensato mas modestia y mas firmeza. El hombre que ostenta su saber es un fatuo, y el que no lo conoce un necio; un hombre de juicio lo conoce, lo ejerce, se aprovecha de él, pero nunca lo ostenta vanamente; y siempre aparentará valer menos que mas de lo que le dicta su propia opinion. El hombre que desconfía de sí mismo, que es tímido y vergonzoso, no hará progresos en el mundo sean cuales fueren sus talentos; su desconfianza lo sumergirá en la inaccion, y un rival activo, confiado y audaz, le cogerá siempre la delantera.

Toda la diferencia está en el modo: lo que en uno se tendrá por impudencia bajo una forma, solo será seguridad y manejo conveniente bajo otra. El hombre de talento que conoce el mundo, hará valer sus derechos ó irá en busca de su objeto con la misma intrepidez que el hombre mas impudente, y acaso con mas, porque posee el arte de dar á todo lo que hace un aire de modestia que cautiva y gana los corazones, á la vez que la misma conducta choea y yerra el tiro de parte de un descarado que no duda de nada. Repito mi máxima: *suaviter in modo, sed fortiter in re*. Si quieres conocer los caracteres, las maneras y las costumbres de fines del último siglo, muy semejantes á los del actual, lee á La Bruyère; pero si quieres conocer al hombre, independiente de la moda, lee á La Rochefoucault, que, temo, lo pinta con mucha exactitud.

Entrega la adjunta al abate Guasco, sugeto que te será muy útil acompañándote aquí y allá. Te diré al oído que tiene mas instruccion que genio; pero un hombre hábil saca partido de todo, y no hay hombre que no sea bueno para alguna cosa. El presidente Montesquieu es, en todos sentidos, el conocimiento mas precioso. Tiene genio, estenso saber y mucho conocimiento del mundo. *Puisez dans cette source, tant que vous pourrez.*

A Dios, que las gracias te sean propicias! porque sin ellas *ogni fatica è vana*; si no vienen voluntariamente, róbalas y fuérralas para que te acompañen en cuanto pienses, digas ó hagas.

CARTA CCXXXVI.

LONDRES, 11 de Febrero de 1751.

Mi querido amigo.

Cuando vas al teatro frances, que espero será á menudo porque es un entretenimiento muy instructivo, debes haber experimentado los diferentes efectos que los personajes producen en tu alma, segun se hallan bien ó mal representados. La mejor tragedia de Corneille, si se ejecuta bien, interesa, agita y remueve las pasiones. El amor,

el terror y la piedad se apoderan alternativamente del alma; mas si por el contrario el actor representa mal, escita la burla y la indignacion. Por qué? Son las mismas espresiones de Corneille, el sentido es el mismo y la materia la misma en uno y otro caso. Esta gran diferencia consiste pues únicamente, en el mérito de la accion y de la espresion. Aplica esto á tí mismo, y deduce que si quieres agradar en la vida privada, ó persuadir en una asamblea pública, el aire, las miradas, las gesticulaciones, los movimientos, la enunciacion, el acento propio y armonioso, son cosas tan necesarias como el asunto mismo. Deja que los toscos bachilleres, sin gracia y sin elegancia, digan lo que les parezca en defensa de sus sólidos discursos y de sus fuertes raciocinios, déjalos despreciar todas aquellas gracias y ornatos que seducen los sentidos y cautivan el corazon; ya verán (admirándose quizá en busca del por qué) que su materia áspera y ruda, y todos sus fuertes argumentos, desnudos y sin arte que los haga valer, no pueden agradar ni persuadir, sino fatigar y disgustar. Somos de tal naturaleza, que preferimos mas bien que se nos divierta que el que se nos instruya. La instruccion es en cierto modo mortificante porque implica ignorancia; necesita que la endulcemos para que sea potable.

A fin de aplicarte todo esto directamente, ten por entendido que nadie puede figurar en este pais sino por su influencia en el parlamento. Tu suerte depende del crédito que adquieras como orador, y creeme evangélicamente, la manera mucho mas que la materia decide del resultado. M. Pitt y M. Murray, el procurador general tio de Lord Stormont, son incomparablemente nuestros primeros oradores. Por qué? Porque poseen mas que ningun otro el mérito oratorio. Solo ellos tienen la facultad de inflamar ó de calmar la cámara; solo ellos se hacen escuchar en esta numerosa y turbulenta asamblea, de modo que podria orise caer un alfiler cuando peroran. ¿Es acaso su materia mas rica ó sus raciocinios mas fuertes que los de los demas? ¿Espera de ellos la cámara alguna luz estraordinaria? No por cierto, lo que espera es placer y por eso escucha con la mayor atencion; encuentra lo que desea y aplaude. M. Pitt particularmente tiene muy pocos conocimientos parlamentarios; su materia es fútil por lo regular, y sus argumentos débiles, pero posee una elocuencia superior; su accion es de lo mas airosa, su elocucion justa y llena de armonia; sus periodos muy bien redondeados, y cada espresion

de que se sirve la mas técnica y enérgica que pueda encontrarse. Esto, y no el asunto, es lo que lo ha elevado al puesto de tesorero del ejército á despecho del rey y de los ministros. De aqui puedes deducir la obvia consecuencia. En la conversacion sucede esattamente lo mismo; porque aun las frivolidades relatadas con espresion y elegancia, serán sin comparacion mejor gustadas que los discursos mas sensatos del mundo despojados de estos adornos. Reflexiona por una parte lo que esperimantas cuando te ves obligado á escuchar la relacion fastidiosa, confusa y mal dispuesta de alguna persona sin gracia, aun cuando lo que refiera sea interesante; y por otra el placer con que oyes narrar alguna cosa de mucha menos importancia, pero espresada con pulidez y primor. Si estudias este buen gusto en las conversaciones diarias, lograrás adquirirlo antes de entrar en el parlamento, y entonces nada tendrás que hacer sino realzar tus discursos y hacerlos valer un poco mas. Desearia que tu atencion á este objeto fuese tal, que no hablases, ni aun á tu propio criado, sea cual fuere el idioma de que te sirvas, sino con toda la elegancia que admita el asunto. Piensa en los términos y en su distribucion antes de abrir la boca; elige los mas elegantes y colócalos en el mejor orden; consulta tu oido para evitar las cacofonias y, lo que es casi tan malo, la monotonia. Atiende así mismo á tus gesticulaciones y á tus miradas, aun cuando hables sobre las materias mas fútiles. La misma cosa dicha de diferente manera, cesa de ser la misma cosa. El amante mas apasionado del mundo no hará una declaracion de amor en términos mas fuertes que la que Molière pone en boca del *Bourgeois gentilhomme* en estas palabras: *Mourir d'amour me font, belle marquise, vos beaux yeux*. Desafio á cualquiera á que diga mas, y sin embargo, á nadie aconsejaria yo que dijese lo mismo; al contrario, te recomiendo que ocultes tu pasion antes que revelarla en semejantes términos. En justicia debe decirse que los Franceses cuidan mucho de la pureza, precision y elegancia, tanto de su conversacion, como de su correspondencia epistolar. *Bien narrer* es para ellos un objeto de estudio, y aunque á veces llevan su esmero hasta la afectacion, jamás se esplican de un modo vulgar, que es el peor de los dos extremos. Obsérvalos y forma tu estilo frances por el de ellos, porque la elegancia en una lengua se reproduce en todas. Yo conocí un jóven que acabado de ser electo miembro del parlamento, sufrió la burla de muchos, porque se divulgó que algu-

nos lo habian espiado por la cerradura de su cuarto, y visto que hablada solo delante de un espejo ensayando sus gesticulaciones y ademanes. No me uni yo á los que se reian de él; al contrario, lo tuve por mas discreto que los que trataban de ridiculizarle, porque supuse que conocia la importancia de estos requisitos en una asamblea pública y sus censores la ignoraban. Tu personita, que se me ha dicho tiene buena forma, es la misma, con un vestido bordado ó con un sobre-todo burdo; sin embargo, pienso que preferirás el primero por ser mas agradable. El hombre mas grosero de Europa, si ve caer el abanico de manos de una dama, lo levantará ciertamente y se lo presentará; el hombre mas cortés de Europa no puede hacer mas en igual caso. Con todo, la diferencia será considerable. El último agrada haciéndolo con gracia; el primero será objeto de risa por su desairado ademan. Lo repito y repetiré siempre: el aire, los modales, las gracias, el estilo, la elegancia y todos estos ornatos deben ser actualmente los únicos objetos de tu estudio; ahora ó nunca debes adquirirlos. Pospon cualquiera otra consideracion; haz que ellos sean tu principal negocio; no pierdas un solo momento. Las cualidades sólidas unidas con las que solo son agradables, producirian indudablemente el mejor efecto, pero si yo me viese obligado á optar elegiria las últimas sin vacilacion.

Presenta mis cumplidos á Lord Huntingdon, á quien honro y amo, como me atrevo á creer que lo haces tú. Pronto le escribiré, aunque me parece que apenas tiene tiempo para leer una carta, y las que yo escribo á las personas que amo no son cortas, como lo sabes por esperiencia; digalo si no la presente, que habria sido aun mas estensa si el papel lo hubiese permitido.

Buenas noches, mi querido hijo.

CARTA CCXXXVII.

LONDRES, 28 de Febrero de 1751.

Mi querido amigo.

Este epigrama de Marcial :

*Non amo te Sabidius, nec possum dicere quare ;
Hoc tantum possum dicere, non amo te (a).*

ha embarazado á muchas gentes que no pueden concebir cómo es posible no amar á uno y no saber por qué. Yo creo comprender el sentido de Marcial, aunque la forma del epigrama, que debe ser breve, no le permitiese ser mas esplicito; pienso que el sentido es este: « O Sabidio! eres ciertamente hombre muy digno, tienes mil
» buenas cualidades y mucha erudicion; te honro y te respeto, pero
» mi alma no puede amarte, aunque no me es posible decirte por
» qué. No eres amable, no tienes aquellos modales atractivos,
» aquellas atenciones que encantan, aquellas gracias y aquella blandura que son tan necesarias para agradar, aunque no se pueden
» definir. No me es posible asegurar que tal ó cual cosa me impida
» amarte; el total produce en mí este efecto, y tomándote en conjunto eres desagradable. » Cuantas veces, en el curso de mi vida, no me he visto en esta situacion con personas de mi conocimiento que he honrado y respetado sin poder amarlas! Yo no sabia la causa, porque cuando uno es jóven no se toma el trabajo de analizar sus propios sentimientos, ni de buscar de donde dimanen; pero la observacion y las reflexiones posteriores me han dado á conocer al fin el origen de ellos.

(a) Don Juan de Iriarte lo traduce de esta manera :

Yo no te quiero, Sabidio,
Ni el por qué decirte puedo,
Lo que te puedo decir
Es solo que no te quiero.

TR.

Hay un hombre (a) cuyo caracter moral, profunda erudicion y talentos superiores reconozco, admiro y respeto, pero me es tan imposible amarlo, que casi me entra fiebre cuando me encuentro en su compañía. Su figura, sin ser deforme, parece hecha para ridiculizar la estructura del cuerpo humano; sus piernas y brazos jamás ocupan el lugar correspondiente á la situacion de su cuerpo, sino que constantemente se emplean en cometer actos hostiles contra las gracias. Cuando bebe derrama el licor por todas partes excepto en su garganta, y despedaza lo que quiere trincar. Sin atender á las consideraciones que reclama la vida social, es inoportuno en todo; disputa con calor y demasiada libertad, sin hacer caso de la gerarquía, caracter ó situacion de las personas á quienes habla; ignora

(a) Este hombre no es otro que el eminente escritor Samuel Johnson, cuya merecida autoridad como moralista ha llevado á otras personas á aprobar la severa censura que hizo de estas cartas y á condenarlas sin apelacion.

Antes de ver su retrato trazado de mano del Conde de Chesterfield, el traductor ha creido conveniente esponer á los lectores lo que pasó entre estos dos hombres célebres, para que decidan con mas acierto si el autor merece los fuertes anatemas lanzados contra él, ó si no es probable que su principal detractor pagase tributo á las pasiones humanas, desacreditándolo mas bien por rencor personal que por celo del bien público.

La originalidad del caracter de Johnson es confesada por sus íntimos amigos, y se sabe ademas, que era de genio agrio y bilioso, y que aun en la época de su mayor pobreza mostró un orgullo que le ocasionó algunos disgustos, le enagenó muchas voluntades y le atrajo el epíteto de feroz. Careciendo en 1747, de recursos para imprimir sus obras, supo que el autor de estas cartas se mostraba dispuesto á favorecer la empresa de su famoso diccionario, y publicó el *Plan de un Diccionario del idioma ingles dirigido al Conde de Chesterfield, Secretario de Estado* ect. Una tercera persona se encargó de llevar el manuserito al Conde, y este invitó á Johnson para que pasase á verle. « Nunca, dicen las memorias de aquellos tiempos, se reunieron dos caracteres » mas opuestos; el Conde celebrado por su ingenio agudo y todas las gracias » de sus modales; Johnson imbuido de su propio merito, con humos de » indisputable superioridad, versado en los silogismos escolásticos, pero inculto, vehemente, clamoroso é ignorante de las reglas de la fina conversacion. » El choque entre ambos era muy natural. Johnson esperaba un Mecenas y no » halló amparo ni proteccion. Las visitas continuaron pero el recibimiento no » fue cordial. Un dia que Johnson habia aguardado una hora en la antecámara del Conde, en espera de que se retirase una persona que con él hablabla, vió salir á un tal Cibber, cómico de nombrada, y encendido en cólera » partió al punto resuelto á no poner mas los pies en su casa. » Pasaron despues

completamente los diferentes grados de familiaridad y de respeto; es absolutamente el mismo con sus superiores, sus iguales ó sus inferiores, y por consecuencia, sus proceder es son absurdos con dos de estas tres clases de gentes. ¿Es posible amar á hombre semejante? No: todo lo que por el puedo hacer, es considerarlo como un respectable Hotentote.

Me acuerdo que cuando me separé de Cambridge, habia yo adquirido, entre los pedantes de aquel llano seminario, una petulancia literaria, con cierto gusto por la sátira y el desprecio, y una fuerte tendencia á argumentar y contradecir; pero luego que hube entrado en el mundo, conocí que no era este el tono que me convenia, é inmediatamente adopté el caracter opuesto; ocultaba mi

siete años antes de que Johnson lograrse allanar las dificultades que se le presentaron para publicar su obra, y cuando esta se hallaba en visperas de ver la luz, el Conde, que solia enviar sus ocios literarios á un periódico titulado *El Mundo* (*The World*), la alabó en dos artículos consecutivos. Johnson lo supo y dijo á sus amigos: *Yo he recorrido, á semejanza de un viajero que dá vuelta al mundo, el complicado laberinto del idioma inglés, y ahora envia el Conde dos botecillos para conducirme al puerto!* Su orgullo se creyó ofendido con esta benévola y gratuita recomendacion, y escribió á su panegirista la siguiente carta que apareció al mismo tiempo en los diarios.

« Milord,

« Por los redactores del *Mundo* he sabido que dos artículos en que se recomienda al público mi diccionario, fueron escritos por V. S. Tal distinción es un honor que, no hallándome acostumbrado al favor de los grandes, no sé como recibir ni en qué términos reconocer.

« Cuando en consecuencia de una ligera invitacion visité á V. S. por primera vez, esperímente, como todo el mundo, el efecto de sus modales, y no pude reprimir mis deseos de alcanzar una estimacion que veia yo se disputaban los demas. Pero fué tan poco el estímulo que halló mi obsequiosidad, que ni el orgullo ni la modestia me permitieron continuarla. Una vez que hube dirigidome á V. S. públicamente, quedó agotado todo el arte de agradar que puede poseer un escolar retirado y extraño á las maneras de los cortesanos. Hice cuanto pude, y por poco que sea á nadie gusta ver desdenado todo lo que puede hacer.

« Siete años han transcurrido, Milord, despues que esperé en la ante-cámara de V. S. ó fui despedido de ella, durante cuyo tiempo no he cesado de hacer esfuerzos para llevar á cabo mi obra, viniendo dificultades de que es inútil quejarme; y al fin la he traído al borde de su publicacion sin un acto de asistencia, una palabra de patrocinio ó una sonrisa de favor. No esperaba yo tal trato porque no habia tenido antes ningun patron.

saber, aplaudia muchas veces sin aprobar y cedia á menudo sin conviccion. El *suaviter in modo* era mi ley y mis profetas; y si conseguí agradar (te lo digo en confianza) fué mucho mas por esto, que por mi saber ó mi mérito. A propósito, la palabra *agradar* me recuerda á Lady Hervey. Te pido le digas que la hago responsable de tí por lo que hace á agradar; que la considero como una encantadora Falstaff (a), que no solamente agrada por sí misma, sino que enseña

« El pastor de Virgilio quiso hacer conocimiento con el Amor y lo halló nativo de las rocas.

« ¿Podrá llamarse patron, Milord, aquel que vé con indiferencia á un hombre que lucha en el agua por salvar la vida, y al poner el pié en la playa le embaraza con auxilios? Si la noticia que V. S. ha querido dar de mi obra hubiese sido anticipada, habria sido bondadosa, pero se ha retardado y viene cuando me es indiferente y no puedo disfrutarla; cuando me veo solitario y no tengo con quien dividirla; cuando soy conocido y para nada puedo necesitarla. Confio en que no es cinica aspereza negar obligaciones cuando no se recibe ningun beneficio; ó no querer que el público considere que debo á un patron lo que, gracias á la Providencia, he sido capaz de alcanzar por mí solo.

« Habiendo llevado mi obra á tal distancia, con tan poca obligacion á los amantes de las letras, no la veré malograda, aunque querria concluir la, si menos es posible, con menos; porque hace tiempo que desperté del sueño de esperanza de que me vanaglorié un tiempo con demasiada alegría.

« Soy, Milord, de V. S.

« muy obediente y humilde servidor.

« SAMUEL JOHNSON. »

Esta carta, llena de sátira mordaz y de austera censura, fué recibida por el Conde con serenidad quizá aparente. El tiempo habia amortiguado las desagradables impresiones que la presuncion, la arrogancia y los modales bruscos y groseros de Johnson habian hecho en su alma; y sus artículos recomendararios solo fueron efecto de la notoria solicitud que siempre habia mostrado por los progresos de la literatura. El resentimiento del iracundo vocabolista habria quizá calmado, si la publicacion de estas cartas póstumas no hubiese venido á reanimarlo. Se divulgó que dos ó tres pasajes de ellas se referian á él; y si los sentimientos que habia abrigado contra el Conde, por solo el motivo que se ha visto, eran tales como lo demuestra la carta que precede, cual no debió ser su econo luego que fué conocido del público el retrato suyo que el confiado padre habia hecho á su hijo busqueándole con los colores que el lector pasa ahora á examinar.

(a) Personaje de la tragedia de Enrique VIII de Shakspeare.

el arte á los demas; que sé que ella puede hacer de un hombre lo que quiera; y que en calidad de directora, si no te enseña á agradar, será porque no quiere. Me figuro que eres de la madera propia al efecto; y siendo así, una escultora tan buena como ella puede darte la forma que le plaza. La versatilidad de modales es tan necesaria en la vida social, como la flexibilidad de opinion en la vida política: A veces es necesario doblegarse para prevalecer; humillarse un tanto para ensalzarse; es preciso, como dice San Pablo, transformarse en todo con todos los hombres á fin de ganar á algunos, y, sea dicho de paso, los hombres se ganan por los mismos medios, *mutatis mutandis*, que las mugeres, por la galantería, la insinuacion y la sumision. Estos versos de M. Dryden pueden aplicarse á un ministro, como á una querida:

*The prostrate lover when he lowest lies,
But stoops to conquer, and but kneels to rise (a).*

En el curso del mundo son necesarias las propiedades del camaleon; y aun á veces conviene llevarlas un poco mas lejos, porque debes tomar hasta cierto punto el color del hombre ó de la muger que desees ganar.

¿Has hecho muchos conocimientos entre los jóvenes Franceses que cabalgan en esa academia y quienes son? Procura lugar para toda esta cháchara en tus cartas, con las que te pido me honres mas á menudo. Si frecuentas algunos de esos enjambres de Ingleses que infestan las calles de Paris, nómbramelos. ¿Has terminado ya con el abate Nollet? ¿Te hallas al corriente de todas las propiedades y efectos del aire? Si fuese yo inclinado á juegos de palabras, te diria que los efectos del *aire* pueden aprenderse mejor con Marcel. Si hubieres concluido con el abate Nollet, suplica á mi amigo el abate Sallier, que te recomiende algun descarnado *Philomathe*, para que te enseñe un poco de geometria y de astronomia; no una dosis que absorba toda tu atencion y ponga tu espíritu en tormento, sino la suficiente para no ignorar del todo estas materias. Ultimamente he

(a) ¿Fino al amante mostrarse
Ves doblando la rodilla?
Pues para triunfar se humilla
Y postra para elevarse.

tenido que convertirme en *astrónomo* á pesar mio; el lunes último presenté en la cámara de los Pares un proyecto para reformar nuestro calendario y adoptar el nuevo estilo. Me vi obligado esta ocasion á hablar la gerga astronómica, de la que no sabia una palabra; pero la aprendí de memoria y la hablé por rutina bajo el dictado de un profesor. Senti que mis conocimientos sobre el particular no hubiesen sido tan estensos como deseo que sean los tuyos. Pero de todas las ciencias la mejor y mas necesaria es conocerse asi mismo y á los demas, y para esto se requiere mucha atencion y esperiencia; pon en uso la primera y trata de ganar la última. A Dios.

P. D. Recibo en este momento tus cartas de 20 y 25. Tendré cuidado de que el sello se concluya lo mas pronto posible. Me alegro de que te hallés empleado en el despacho de Lord Albermarle, donde á lo menos aprenderás el mecanismo de los negocios, como cerrar, dirigir y extraer las comunicaciones, porque no debes imaginarte que has de saber desde luego los mayores secretos de la correspondencia; y en realidad que esto no convendría á tus años. Sin embargo acostúmbrate al sigilo para que se te confien con el tiempo las negociaciones mas secretas.

CARTA CCXXXVIII.

LONDRES, 4 de Marzo de 1751.

Mi querido amigo.

Días pasados te cité una máxima que deseo tengas en la memoria y observes en tu conducta: *suaviter in modo, fortiter in re (a)*. Yo no conozco otra regla tan irrecusable ni tan útil al paso que necesaria en todo el curso de la vida. La tomaré ahora por testo; y como los viejos gustan predicar, y yo tengo algun derecho para hacerlo, mi sermón de hoy versará sobre estas palabras. Para proceder pues regularmente, segun las reglas del pulpito, te haré ver en primer

(a) Suave en los modales, firme en el asunto.

lugar, hijo muy amado, la conexión que hay entre las dos partes de mi testamento, *suaviter in modo*, *fortiter in re*; en seguida señalaré las ventajas y la utilidad que resultan de su estricta observancia, y concluiré con una aplicación general.

El *suaviter in modo* degenerará en complacencia tímida y abyecta, si no se sostiene y dignifica con el *fortiter in re*, que también tocará en el extremo opuesto de impetuosa brutalidad, si no se templará y neutraliza con el *suaviter in modo*, aunque sea rara la combinación de ambos. El hombre acalorado y colérico, cuyos espíritus animales están en fermentación, desprecia el *suaviter in modo*, y cree conseguir siempre sus miras con el *fortiter in re*. Puede á veces lograrlo, cuando tenga que habérselas con gente débil y tímida, pero su posición mas segura es chocar, ofender, ser odiado y errar el tiro. Por otra parte, el hombre artero y astuto, cree alcanzar lo que desea empleando únicamente el *suaviter in modo*: se amolda á los hombres y á las cosas, parece carecer de opinión propia y adopta servilmente la de la persona que tiene delante; se insinúa solamente en la estimación de los necios; pero muy pronto es descubierto y seguramente despreciado por todas las gentes sensatas. El hombre hábil y prudente, que difiere del artero tanto como del colérico, es el único que sabe unir el *suaviter in modo* con el *fortiter in re*. Pasemos ahora á las ventajas que resultan de este precepto.

Si te hallas con autoridad y derecho para mandar, tus órdenes significadas *suaviter in modo*, serán obedecidas voluntaria y gustosamente, y por consecuencia bien ejecutadas; al contrario, si las das únicamente *fortiter*, esto es, brutalmente, serán, como dice Tácito, interpretadas mas bien que ejecutadas. Por mi parte, si ordenase yo á mi criado con modo áspero é insultante que me sirviese una copa de vino, temería que al obedecerme tratase de derramarlo encima de mí, y sin duda que lo merecería. Una resolución fría y reposada debe hacer ver, cuando tienes derecho de mandar, que quieres ser obedecido; mas al mismo tiempo el modo suave y sereno de exigir esta obediencia, la tornará casi en placer y suavizará en lo posible el sentimiento mortificante de la inferioridad.

Si pides un favor, ó aun si solicitas lo que te es debido, es menester obrar en ambos casos *suaviter in modo*, porque de lo contrario procuras á los que tienen intención de no condescender con tus miras, un pretexto para ello, por tu manera de obrar; por otra parte es necesario, á fuerza de perseverancia y de firmeza, mostrar el

fortiter in re. Los motivos justos son rara vez el móvil de las acciones de los hombres, sobre todo de los reyes, de los ministros y de todos aquellos que ocupan las regiones elevadas, porque frecuentemente conceden á la importunidad y al temor, lo que rehusarían á la justicia y al mérito. Atrae, si puedes, los corazones con el *suaviter in modo*, y evita á lo menos todo pretexto de ofensa; pero ten así mismo cuidado de manifestar suficientemente el *fortiter in re* para arrancar de su temor, ó de su indolencia, lo que desesperas conseguir de su justicia ó de su buena índole. Las gentes en altos puestos se hallan endurecidas á las necesidades y miserias de los demás, como los cirujanos á las enfermedades corporales. Reyes y ministros escuchan todo el día quejas mal fundadas, de modo que no saben cuáles son reales ó fingidas. Es pues necesario interesar otros sentimientos, independientemente de los de mera justicia y humanidad; su favor debe conquistarse por el *suaviter in modo*, atormentarlos á fuerza de importunidades, ó dispartar su temor amenazándolos indirecta al paso que decorosamente con tu resentimiento frío é implacable; este es el verdadero *fortiter in re*, único precepto que yo conozco para ser amado sin desprecio y temido sin odio, circunstancias que constituyen aquella dignidad de carácter á que debe aspirar todo hombre prudente.

Aplicaré ahora lo que llevo dicho y concluiré.

Si conoces que eres de genio vehementemente irritable, y que sin prevención te hallas sujeto á arranques indiscretos ó á espresiones ásperas, sea con tus superiores, tus iguales ó tus inferiores, vela sobre tí, reprime con cuidado esos movimientos y llama en socorro tuyo al *suaviter in modo*. Guarda silencio en los primeros impulsos de tu ira hasta que consigas calmarte; trabaja aun para dominar tu semblante de modo que tus emociones no aparezcan, ventaja inapreciable en los negocios (a). Por otro lado, no permitas que la

(a) Armate de fortaleza
Contra ira,
Siempre aperebido, y mira
Que á tristeza
No des lugar, ni á braveza
Con despecho,
Que es incendio contrahecho
De bruteza.

(F. Castilla.) Tr.

complacencia, el deseo de agradar ó la lisonja por tu parte, ni los halagos, las persuasiones ó la adulacion de los demas, te hagan retroceder un ápice del punto que la razon y la prudencia te dicten seguir; por el contrario, vuelve á la carga, persevera y verás que alcanzas muchas de las cosas posibles. El hombre tímido y condescendiente se mira por lo comun insultado, y las personas injustas y sin sentimientos abusan de su estremada docilidad; mas aquel que une la complacencia y la suavidad con el *fortiter in re*, es siempre respetado y por lo general sale bien en todo. En tus amistades como en tus aversiones es particularmente útil esta regla. Haz que tu firmeza y vigor alimenten el afecto de las personas que te son adictas y te ganen nuevas voluntades; mas al mismo tiempo procura evitar por tu conducta que los enemigos ajenos lleguen á serlo tuyos. Desarma á tus adversarios con la dulzura de tus maneras, pero al mismo tiempo hazles sentir todo el poder de tu justo resentimiento, porque hay una gran diferencia entre un rencor disimulado, hijo de almas sin generosidad, y una defensa firme y resuelta, siempre prudente y justificable. En las negociaciones con los ministros extranjeros acuérdate del *fortiter in re*; no concedas ningun punto, ni aceptes ningun expediente, hasta que no te veas reducido á la necesidad de hacerlo, y aun entonces disputa el terreno palmo á palmo; mas al mismo tiempo de contender con el ministro *fortiter in re*, no olvides ganar al hombre con el *suaviter in modo*. Si ganas su corazon, caminas ya con favorable presagio de captar su juicio y determinar su voluntad. Dile franca y cortésmente que tu diferencia de opinion como ministro, no disminuye en nada el respeto que te infunde su mérito personal; por el contrario, lo aumenta por su habilidad y celo en el servicio de su soberano, y que sobre todo, deseas hacer un buen amigo de tan buen servidor. Por este medio ganarás muchas veces la cuestion y nunca saldrás perdiendo. Hay gentes que no pueden mostrarse amables y civiles con sus rivales, sus competidores ó sus antagonistas, aunque sin estas circunstancias accidentales los amarian y mostrarian aprecio. Cuando se miran delante de ellos descubren su frialdad y el embarazo en que se hallan, y andan á la caza de sus menores defectos para desacreditarlos, creándose de esta manera enemigos irreconciliables de personas que solo habrian sido sus opositores accidentales. Esta debilidad es de lo mas perjudicial, como lo es ciertamente cualquiera humor en los negocios, que solo pueden llevarse á feliz término por medio de un arte puro é irrepreensible, y

una equitativa discusion. En estos casos particularmente trataria yo de obrar con nobleza, mostrándome atento, desembarazado y franco, con el hombre cuyos disignios quisiese yo frustrar. Esto se llama comunmente generosidad, magnanimidad; pero en realidad es arte y buen sentido. La manera es con frecuencia tan importante y aun á veces mas que el asunto; un favor puede crear un enemigo, y una injuria un amigo, segun el modo de conducirse en ambos casos. El semblante, la blandura, la expresion, el acento y las gracias, hacen de lo mas eficaz al *suaviter in modo*, y de lo mas digno al *fortiter in re*; por consiguiente, son requisitos que merecen la mayor atencion.

De todo lo que he dicho concluyo con esta observacion: que la suavidad de los modales unida á la firmeza de alma, encierran en compendio, pero muy completo, toda perfeccion humana fuera de los deberes religiosos y morales. Ojalá llegues á convencerte de esta verdad y lo muestres en tu vida y conversacion! Tal es el deseo mas sincero y ardiente de quien es tuyo ect.

CARTA CCXXXIX.

LONDRES, 11 de Marzo de 1751.

Mi querido amigo.

Por el último correo recibí una carta del abate Guasco en que me sus observaciones á las de Lord Albermarle tocante á lo mal que lo pasas en la academia; y como no hallo que te sea ventajoso vivir en ella en clase de *interno*, y que por otra parte está tan distante del picadero y de tus otros maestros, como podria estarlo cualquiera otra habitacion, consiento en que te alojes en un *hótel garni*, que el abate te ayudará á buscar, segun le suplico en la adjunta que te encargo pongas en sus manos. Esta condescendencia lleva consigo una condicion, y es que no ha de haber en tu nuevo alojamiento almuerzos ni cenas á la inglesa; los primeros ocupan toda la mañana y las otras te harian pasar la prima noche en los necios brindis ingleses con su infernal *clarete*. No dejes de asistir al picadero con la frecuencia posible, es decir, en tanto que te lo permitieren tus nuevas ocu-

paciones en el despacho de Lord Albermarle; pero de todos modos insisto en que no veas con desduido á Marcel, que por ahora te interesa mas que todas las cancellerías de Europa. Debes tomar tu alojamiento por un año, y así te costará menos; porque aunque mi intencion sea verte antes de doce meses, será por poco tiempo y regresarás á Paris, en donde me propongo que permanezcas hasta fines de Abril de 1752, época en que, si hubieres adquirido la finura, los modales, las atenciones y las gracias del gran mundo, te colocaré en una posicion análoga á tu carrera.

Al fin llegó á mis manos tu obsequio del dibujo del Dominiquino por Blanchet; está muy bien hecho y es lástima que no copiase todas las figuras del original. Lo colocaré en lugar á propósito y algun día volverá á ser tuyo.

M. Harle ha regresado de Cornualla sin novedad, despues de haber tomado posesion de su prebenda en Windsor que es de las mas bonitas. Como estoy persuadido de tu gratitud hácia él, espero que siempre se la manifestarás del modo mas expresivo y amistoso. Escríbele con frecuencia y atiende al contenido de sus cartas. Vendrá á vernos á Blackheath (a), alias *Baratija*, y permanecerá todo el tiempo que me propongo pasar allí conmigo, que creo será en agosto próximo.

Despues de haberte hablado del tiempo probable de nuestra reunion, te diré algo preparatorio para ella. El odio, los celos y la envidia escitan á la mayor parte de los hombres á descubrir los defectos mas leves de aquellos á quienes no aman; se regocijan de cada descubrimiento de este género y lo publican al instante. Gracias á Dios, yo no conozco estas pasiones degradantes, que jamás ha abrigado mi pecho; pero el cariño produce en mi igual efecto, con la diferencia que oculto, en vez de publicar, los defectos que mi observacion descubre en las personas que amo. Este afecto me hace espiarlas; y analizarlas; y como deseo hallarlas perfectas ó hacerlas tales, nada se me escapa; descubro pronto y calculo si se hallan cerca ó lejos de esta perfeccion. Por lo tanto, tú debes esperar de mi un examen crítico y severo, jamás sufrido por persona alguna. Descubriré tus pequeños como tus mayores defectos, y te los diré francamente: *non quod odio habeam, sed quod amem*; pero te los diré á

(a) Magnífica residencia del autor en cuya mojera gastó sumas cuantiosas.

solas como *Micio*, no como *Demea*, y no los revelaré á persona viviente. Creo obrar con lealtad informándote anticipadamente cual es el punto sobre que sospecho recaerá mi crítica; creo que el hombre estérno me ocupará mas que el interno. No tengo desconfianza de tu corazon ni de tu cabeza; pero hablándote en oro puro, la tengo muy grande de tu aire, tus modales, tu despejo, tu talante, y particularmente de tu enunciacion y elegancia de estilo. Todo esto debe entrar en tela de juicio, porque mientras estés conmigo debes desempeñar los cumplidos de mi casa y mesa; y no se me escapará el menor desduido, ni la menor falta de gusto, como lo notarás muy bien por mis guiñadas, y despues por mi advertencias cuando quedáremos solos. Enecontrarás en mi casa personas de toda clase, particularmente extranjeros. Esmérate pues, interin llega la época indicada, para adquirir la pulidez y el primor en el ejercicio de estas prendas esteriore, y trata de frustrar todos mis imaginarios planes de censura. Algunos autores han sido los primeros en criticar sus escritos, con la esperanza de impedir que otros se ocupasen de ello; pero lo han hecho con tanta dulzura y parcialidad por sus propias producciones, que no solo la obra, sino la critica misma han sido censuradas. Yo no soy de esta clase de autores; mi severidad se aumenta en proporcion al afecto que profeso á mi obra, y si quieres corregir todas las falgas que pudiere yo encontrar, te garantizo de antemano de toda censura estrangera.

¿Estás ya al corriente de las cosas de Paris? ¿Te has impueso bien de todo lo que has visto? Pocas personas hay que miren lo que ven y esechen lo que oyen. Por ejemplo: si vas al establecimiento de los Inválidos, no te contentes con ver el edificio y la sala donde comen, ó las galerías en que duermen, tres ó cuatro cientos mutilados, sino que te informes de su número, de las condiciones de su admision, de su estipendio, del monto y de la naturaleza de los fondos que sostienen el establecimiento. Esto es lo que yo llamo ver las cosas, porque lo demas no es mas de curiosidad superficial. Muchas personas aprovechan la oportunidad de las vacaciones, para ir á ver las salas de las cortes de justicia; pero estas salas se asemejan mucho á cualquiera otras; debes pues visitarlas cuando estuvieren llenas para ver y oír lo que pasa en ellas; aprende los reglamentos, jurisdicciones, objetos y proceder de cada tribunal; asiste al juicio de algunas causas y profundiza todas las cosas.

Me alegro mucho saber que te hallas tan bien con el marques

de Saint Germain *(a)*, de quien he oido hablar muy favorablemente. ¿Cómo te hallas con los ministros extranjeros en Paris? ¿Visitas al embajador ó á la embajadora de Holanda? ¿Tienes entrada franca en casa del nuncio, ó en la de los embajadores de España y del Imperio? Esto te convendría mucho. Procura ser mas estenso en tus cartas por lo que hace á la manera de emplear tu tiempo y á las personas con quienes te acompañes. ¿En dónde comes y cenas con mas frecuencia? ¿Cual es la casa en que tienes mas *confianza*? A Dios.

CARTA CCXL.

LONDRES, 20 de Marzo de 1754.

Mi querido amigo.

Te dije en una de mis anteriores que habia yo presentado en la cámara de los pares un proyecto para corregir y reformar nuestro calendario *Juliano* y adoptar el *Gregoriano*. Voy á hacerte ahora una relacion mas estensa de este negocio, y ello dará lugar á reflexiones que espero te serán útiles y que temo no hayas hecho aun.

Era notorio que el calendario *Juliano* se hallaba erroneo por haber sobrecargado el año solar con once dias supernumerarios. El papa Gregorio XIII corrigió este defecto, y su calendario reformado fué inmediatamente recibido por todas las potencias católicas de Europa, y despues adoptado por todas las protestantes, escepto Rusia, Suecia ó Inglaterra. No era, en mi concepto, muy honroso para Inglaterra, perseverar en este palpable y grosero error especialmente con tales compañeros. Todos los que mantenian correspondencia comercial ó politica con el extranjero, sentian el inconveniente de esta diferencia. Me decidí pues, á emprender la reforma, á cuyo efecto consulté con los mejores legistas y los astrónomos mas hábiles, y formé con ellos el proyecto en cuestion. Pero aquí comienzan mis apuros. Yo era quien debia presentar este proyecto que necesariamente estaba atestado de frases forenses, de términos abstractos y

(a) En aquel tiempo embajador de Cerdeña en Paris.

de calculos astronómicos, cosas que en general eran estrañas para mi. Sin embargo, era necesario hacer creer á la cámara que entendia yo algo sobre la materia, y persuadir á sus miembros que ellos mismos la entendian un tanto, de lo cual se hallaban muy lejos. Bien pude haberles hablado céltico ó esclavon asi como astronomía, seguro de que me habrian entendido de la misma manera. En lugar de entrar en el asunto me propuse otra cosa mejor, y fue agradecerles en vez de instruirles. Les trazé pues un compendio histórico de los calendarios, desde los Egipcios hasta el Gregoriano, divirtiéndolos de cuando en cuando con pequeños episodios; pero atendí particularmente á la eleccion de las palabras, á la armonia y redondez de las frases, á la elocucion y á la accion. Esto produjo el efecto deseado, y siempre será lo mismo. Creyeron que yo los instruía porque les procuraba placer, y aun hubo algunos que dijeron que yo les habia explicado claramente el asunto, cuando Dios sabe que ni aun por pienso lo ensayé. Lord Macclesfield, que tuvo la mayor parte en la redaccion del proyecto, y que es uno de los mejores matemáticos y astrónomos de Europa, habló despues con superioridad infinita y con toda la claridad que permitía una materia tan árdua é intrincada; pero como sus terminos, sus periodos y su dición estaban muy lejos de ser como los míos, sucedió lo que debia suceder: se me dió unánimemente la preferencia, aunque con la mayor injusticia. Toda asamblea numerosa es *pueblo*, sean quienes fueren los individuos que la compongan. Nunca debe emplearse el lenguaje de la mera razon y del buen sentido con toda junta tumultuaria: sus sentidos, sus pasiones, sus sentimientos y sus diferentes intereses son los únicos resortes que deben tocarse. Tomados en masa, los hombres no juzgan, no piensan colectivamente; pero tienen ojos y oidos que es menester lisonjear y seducir, y esto solo puede conseguirse por medio de la elocuencia, de los periodos armoniosos, de la accion graciosa y de todas las diferentes partes de la oratoria.

Si te imaginas que cuando seas miembro de la cámara de los Comunes has de persuadir hablando únicamente el lenguaje del buen sentido y de la llana razon sin ornato alguno, te engañas groseramente. Como orador ocuparás un lugar conforme al poder de tu elocuencia y no segun la substancia de tus discursos: todo el mundo conoce sobre poco mas ó menos la materia, pero hay muy pocos que puedan embellecerla. Yo me convencí temprano del efecto